

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes. 1.
Trimestre. 2,50
Semestre. 5
Año. 10

PROVINCIAS

Tres meses. 3
Ses. 5,50
Año. 10
Extranjero y Ultramar. 5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín. 2,50
Idem del Suplemento. . . 0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119 principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

CÓMO EMPIEZAN Y CÓMO ACABAN

El curato de Villares despertaba la codicia de todos los párrocos de la diócesis. ¿Por qué? Porque había existido en aquel pueblo una comunidad de Benedictinos especialistas en elaborar milagros, y habían atraído hacia él la devoción y el dinero de todos los fieles de veinte leguas a la redonda.

Al armarse la ensalada de 1835 salieron disparados los reverendos, y las milagrosas imágenes del convento pasaron a la parroquia, donde continuaron obrando prodigios, merced a los cuales el párroco D. Sebastián pasaba una vida deliciosa.

Levantábase, iba a la iglesia, en un periquete decía su misa, tornaba después a casa, donde su Benita le tenía ya preparado un suculento almuerzo, saciaba su apetito y su sed algo más de lo justo, cogía su escopeta y, acompañado de Delfín, galgo que así olfateaba una liebre como su amo una misa, se dirigía al monte y emprendía su diaria excursión venatoria.

Una tarde de verano, en que el rubio hacía de las suyas, tropezó D. Sebastián con un colega de alzacuello, tumbado bajo una encina, y ¡dichosos los ojos que te ven, Ruperto! — exclamó, en tanto que el otro se levantaba a darle un abrazo.

—Lo mismo digo, Sebastián. ¿Quién había de pensar!... ¿Y qué? ¿Has cazado mucho?

—Esto — contestó modestamente Sebastián sacando del morral dos conejos.

—¿Si creerás que me engañas? Esos están fusilados a boca de jarro en los lazos que hacen por ahí tus feligreses.

—Piensa el ladrón... Pero vamos a lo que importa. ¿Qué tal va el negocio?

—Así, así, chico. No todos somos párrocos de Villares. Dichoso tú, que vives como quieres, gracias a los que trajeron las gallinas.

—¡Hombre, ahora que hablas de éstos! Esta mañana se me ha presentado con una recomendación del obispo uno de los exclaustros de San Benito, solicitando habitar entre las ruinas de la iglesia del convento, pues no tiene ya otra esperanza en el mundo que la de morir entre aquellas piedras donde pronunció sus votos.

—¿Sabes que me escamo?

—¿Por qué? Parece un infeliz.

—Métete miedo diciéndole que el mejor día va a morir aplastado.

—¡Pobrecillo!... Déjalo, ya que con tan poco se contenta.

—No te fies. Mira que un fraile hace ciento; y proteger a un fraile es afilar el puñal que ha de terminar con nuestra existencia. ¿A que te ha pedido ya algo?

—Un catre y un colchón, que no sé para qué los querrá, durmiendo en el suelo; una mesa,

dos sillas y varios cachivaches de cocina. Nada, en suma. ¡Ah! y un santuco que estaba lleno de telarañas en la cueva de la iglesia. ¡Me lo pidió con tanto interés!... ¡Tiene tal cariño a los santos de su orden!...

—Milagro será que ese fraile...

—No seas caviloso, Ruperto. Y, en fin, Dios dirá. Y ahora, adiós, que voy a ver si disparo otro par de veces siquiera.

—Adiós, Sebastián, y ojo con tu fraile.

Fray Gumersindo, que así se llamaba el recién hospedado en el vetusto convento, visitaba al párroco muy a menudo, ofreciéndosele incondicionalmente; alegraba al ama con chascarrillos más o menos ingeniosos, y parecía dispuesto a rodar si el cura se lo mandaba.

Esto en los primeros meses; que después, la tarea de habilitar una capillita para su santo lo retrajo un poco, y más cuando, *sin él quererlo*, algunas devotas se empeñaron en que abriese la capilla al público siquiera por dos ó tres horas, que al poco tiempo se alargaron a todo el día; y, como un pobre fraile no podía costear el alumbrado de la imagen, se vió obligado, contra su deseo, a poner un cepillito por si alguien tenía voluntad de dar alguna cosa.

Al poco tiempo, a un opulento vecino se le puso enfermo de calenturas un hijo, el único que tenía, y tal era ya la fama de santidad que el fraile había adquirido, que el padre corrió desolado en su busca y le dijo que, si intercedía con el Señor y su hijo sanaba, le ofrecía restaurar la iglesia del convento por su cuenta. Y como curó, gracias a la quinina, el padre regateó céntimo a céntimo la cuenta del médico, pero se gastó miles de duros en restaurar la iglesia.

La mañana en que ésta se abrió nuevamente al público, D. Sebastián, invitado a la ceremonia, se despertó a los primeros albos. Desprezose un poco, estiró los brazos, restregó sus ojos, y llamando al ama, que dormía no muy lejos... quiero decir, en la habitación contigua, le dijo suspirando: ¡Ay, Benita!

—Pues señor — respondió ella, — ¡buen principio de mañana!

—No es eso, mujer. ¡Que siempre seas así! Quiero decir que nuestra estrella se va eclipsando poco a poco. Las pocas gentes que venían ya a la parroquia dejarán de venir, porque como tienen el convento tan arregladito, tan mono, tan fresco... ¡Quién lo había de creer!... ¡Pues no digo nada los otros dos frailecos que ha hecho venir Fray Gumersindo, so pretexto de que él solo era insuficiente para atender a un templo tan grande! ¿Y el leguito ése, que parece un mentecato, un cualquier cosa, tan adamselado, tan?...

—¡No diga usted eso, señor cura!

—¡Qué! ¿Lo defiendes?

—No, señor, no lo defiendo. Pero ¡vamos! que no es así tan...

—¡Hasta en mi casa van a desbancarme!... Pero, en fin, dame de almor... ¡Jesús, que barbaridad iba a decir! ¡Si tengo que oficiar en el convento! Y que ya están repicando.

—¿Qué toque tan raro es ése?

—Ese toque... ese toque es el de la agonía.

—¿Hay algún moribundo, D. Sebastián?

—Hay varios: mi prestigio en el pueblo, mi influencia, mi dinero y no sé si también agoniza algo que acaso tú sepas mejor que yo... ¡Vamos arriba! Me vestiré e iré a San Benito, y ¡sea lo que Dios quiera!

Representen esos puntos suspensivos los seis años que transcurrieron desde la inauguración de la iglesia conventual de Villares hasta el día en que ocurrió lo que voy a referir.

El aspecto del pueblo había variado por completo. A los dos frailes y el lego se habían ido agregando uno tras otro hasta veinte Padres y diez Hermanos; el convento había surgido magnífico de sus ruinas, merced a donativos de los fieles, a misiones dentro y fuera del convento, a asociaciones y cofradías, preces a Roma para obtener indulgencias especiales y exclusivas, rifas, milagros y cuantos arbitrios puede inventar la holganza y el deseo de vivir bien a costa de la religión.

Pero hablemos del párroco D. Sebastián. A la guerra solapada y artera que al principio le hicieron los frailes, sucedió la guerra descaradamente abierta. Se le desprestigió ante sus feligreses, se le acusó de tibio, de ignorante y hasta de inmoral. Los fieles se retrajeron de la parroquia y acudieron solícitos al convento; el párroco recibió constantemente oficios del obispado, que empezaron por ligeras insinuaciones y acabaron por terminantes censuras.

Un día D. Sebastián preparó su equipo, despidióse de Benita, compartió con ella el dinero, y le dijo: —Adiós, no es cosa más que de seis meses. Cuando salga del Seminario, volveremos a vernos. No me escribas de ningún modo, que ya buscaré el medio más fácil para comunicarnos. — Después del abrazo de despedida, Benita tomó asiento en una diligencia que allí cerca esperaba, y D. Sebastián dirigióse al convento a entregar las llaves de la casa parroquial, que previamente había sido desamueblada.

Y después de entregar las llaves y oír de labios de Fray Gumersindo la frase "lo siento mucho y procure tener más juicio", se despidió de los frailes y se encaminó al inmediato pueblo de Zarzales para despedirse de su amigo Ruperto.



—Ya sé que te vas—le dijo éste al verle.—Me lo participó el hermano Vicente, que estuvo aquí ayer á recoger el dinero de una rifa. Y ¿cómo ha sido eso?

—Lee ese documento—exclamó D. Sebastián entre gimiendo y llorando, y lo sabrás todo.

Ruperto leyó:

Obispado de...—Secretaría.—Sr. D. Sebastián Núñez.—Villares.

Visto que han sido infructuosas cuantas gestiones Nos hemos hecho para que usted se separe de esa mujerzuela que ha de ser su perdición; visto que la irreverencia que usted emplea con los virtuosos Padres de la orden Benedictina de ese pueblo obedece á que le reprenden su conducta; Nos, queriendo poner el debido correctivo al par que procurando evitar el escándalo entre los fieles, le ordenamos que, previa una retractación, venga á ponerse á nuestras órdenes para cumplir seis meses de ejercicios espirituales en este nuestro Seminario conciliar.

Roque, obispo de...—Por mandado de Su Ilustrísima, el infrascripto secretario, ROBUSTIANO POTENTE.

—Dios te ampare—exclamó D. Ruperto.—Ese la ha tomado contigo, y lo mejor que puedes hacer es cumplir los seis meses de ejercicios y pedir licencias para otra diócesis. Ya te lo dije la tarde aquella que nos encontramos bajo la encina. Proteger á un fraile, es afilar el puñal que ha de terminar con nuestra existencia. Tú, que tan generosamente lo protegiste y auxiliaste en sus primeros pasos, ahora recibes el premio de tu inocente credulidad. Vete al Seminario, y ¡ojalá en otra diócesis puedas adquirir un curato como el de Villares! Pero escarmienta y aprende á tratar á los individuos de hábito. Ya sabes que un fraile hace ciento, que el que te besa la mano te dará después la puñalada, y lo que es un religioso. Recuerda siempre cómo empiezan y cómo acaban.

LUCIO.

DEL SANTO CAÍDO...

Hace pocos días descargó una gran tormenta en la comarca de Villed, inundando la huerta y el santuario de la Fuensanta, y arrastrando las aguas las imágenes, los confesonarios y las puertas.

Arrastrada por la corriente, dando vuelcos aquí y allá, y chocando contra uno y otro obstáculo, bajaba la imagen de un ex-Santo bendito; y digo ex-Santo, porque tan estropeado venía, que ni nariz, ni orejas, ni ojos siquiera se distinguían en lo que fué rostro venerando de San... Fulano.

Aplacado por fin el furor de las ondas, la imagen quedó estancada junto á un corpulento roble, á pocos pasos del sitio donde estuvo el árbol de que el escultor había sacado, tiempos atrás, la madera para tallarlo; y diz que entre el roble y el sagrado leño entablóse el siguiente diálogo:

—¿Quién te ha visto y quién te ve!...—exclamó el roble con tristeza.

—Pues qué, ¿me conoces?—preguntó admirado el santo naufrago.

—¿Ya lo creo!... ¡Como que te has criado á pocas varas de distancia de mí!... Tu madre era íntima amiga mía; tanto, que siempre estábamos de charla por medio de nuestras hojas.

—Háblame de mi madre, roble amigo.

—¿Qué hermosa encina era tu madre! ¿Y fuerte y sana? Hubiera podido vivir quinientos años todavía, si un cura...

—Habla, habla; dime todo lo que sepas de ella, y la causa de su temprana muerte. Ese cura que has citado...

—Venía todas las tardes del estío con una robusta aldeana, y sentábase bajo la fresca bóveda de ramaje que al abrazarnos tu madre y yo formábamos; y... si los árboles pudiéramos hablar un lenguaje inteligible para los hombres, ¡cuántas veces habiéramos protestado del abuso que de nuestro aparente mutismo se hacía!

Un día hicieron novillos dos pícaros muchachos, se pusieron á jugar bajo nosotros, y al ver venir al cura con su amiga echáronse los cartapacios á la espalda y treparon á ocultarse entre los verdes flecos que adornaban la cabeza de tu madre.

Como de costumbre, el presbítero y la moza empezaron á retozar y otros excesos, y en tan divertidos entretenimientos pasaron dos ó tres horas. El mayor de los chicos, ya talludito, impacientóse ante la idea de que por las diversiones de la acaramelada pareja iban á llegar tarde á su casa y á sufrir un palizón doméstico, y resolvió jugarse el todo por el todo. Al efecto cogió el cartapacio, y, ahuecando la voz para no ser conocido, exclamó:—¡Señor cu-

ra, allá va eso!—arrojando sobre la coronilla del pater todo un curso de enseñanza primaria con su correspondiente estuche.

Sentir el cura el golpe antes de acabar de oír la frase, levantarse como pudo, á la vez que la moza, y salir ambos de estampía por estos campos de Dios, todo fué la misma cosa. ¡Y cómo corrían, cada uno por su lado, sin saber adónde dirigirse! ¡Y cómo se rieron los chicuelos cuando, al perderlos de vista, se bajaron del ramaje!

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—Hará unos cincuenta años.

—Casi los que yo he estado oficiando de Santo. Pero continúa.

—No olvidó el cura el percance. Es verdad que los muchachos debieron ir contando al pueblo la aventura con todos sus pelos y señales, porque, al pasar luego por aquí los aldeanos, miraban á tu madre con una sonrisa maliciosa, y decían:—¡Esa es la encina... ésa es la encina!—Y se alejaban riendo.

Al poco tiempo vino el cura de marras con otro forastero, que buscaba madera para hacer un Santo, y

—Este es el árbol que te he dicho—díjole señalando á tu madre.

—Es magnífico—contestóle el otro.—Mañana mismo vendrán á cortarlo.

Y, efectivamente, al otro día dió en tierra la que te dió el ser, y de este modo evitó el cura las murmuraciones de los aldeanos.

Cuéntame tú ahora lo que ha sido de ti en tan largo tiempo, y cómo te han tratado.

—Magníficamente. El escultor me desbastó, me talló, me adornó, me acicaló como un príncipe, y después, brochazo va y brochazo viene, almazarrón por aquí, negro al barniz por allá, amarillo por el otro lado, me dejó en disposición de ser trasladado á la iglesia.

El día que me instalaron en el altar, no puedes imaginarte la algarabía de música, de cantos y de incienso que armaron. Con la cantidad derrochada en mi recepción, hubieran tenido los pobres del pueblo para comer un par de años.

Después dieron en decir que yo hacía milagros, y me vi cubierto de joyas de gran valor; las beatas me besaban á cada paso y llevaban por docenas velas para alumbrarme, y que servían las más de las veces para alumbrarse el sacristán y los curas.

Como soy reservado, cual debe serlo todo Santo que en algo se estime, no te diré algo que acaso te hiciera formar mal concepto de las gentes con quienes me he tratado, y me limitaré á confesarte que estaba tan cegado por los honores que me tributaban, los obsequios que me hacían y la devoción que me demostraban, que creía á todos mis admiradores dispuestos á perder la vida por ahorrarme el más ligero pesar.

Pero ¡ay de aquél que pone su confianza en las cosas terrenas! Llegó la tempestad de ayer, y mi desencanto con ella. La iglesia, llena de gente cuando empezó, se quedó bien pronto desierta, porque los fieles escurrieron el bulto por si acaso y se atrincheraron en sus casas. Mas ¿qué mucho que lo hicieran, si el cura y el sacristán les dieron el ejemplo?

Desencadenada la tormenta, el agua invadió la iglesia y nos derribó de los altares, y anduvimos revueltos la imagen de María Santísima, la de Cristo, yo, y todos mis compañeros, con los confesonarios, los bancos, los altares, etc., etc. ¿Y creerás que alguno de los fieles se echó á nado para salvar á sus queridos Santos? ¡Quiá! Son devotos en seco y cuando no hay peligro.

Y aquí me tienes, después de haber perdido la forma de Santo por esas peñas, desengañado de lo que son los devotos, y sin saber la suerte que me está reservada.

—¿Y aún lo dudas? Si esos mismos devotos que tanto te besaban y tan obsequiosos fueron contigo, pasaran por aquí en este instante, te harían astillas para la chimenea. Mas no te apures, que ya lo harán los del pueblo inmediato, muy amantes de los Santos también, y también dispuestos á escapar sin acordarse de ellos al menor asomo de peligro.

Desengañate; al Santo que más se venera, cuando está en el retablo, esto es, en candelero, con más fe se le descuartiza cuando la desgracia lo echa por tierra... ó por agua.

Que todos los católicos se fíen de la Virgen y de los Santos, pero corren heroicamente cuando tocan á salvar el número uno.

Pero allí viene un devoto. Prepárate para hacer hervir mañana su puchero.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Ha llegado á mi poder el Reglamento de los Hermanos de San Hipólito, en Euentidueña de Tajo.

Tiene algunos artículos famosos, por ejemplo, el quinto, que dice así:

«Todos los hermanos deben ir por la calle cuando vayamos en la corporación de la Hermandad con mucho orden, sin dar escándalo. No se admite que ningún hermano lleve vara ni bastón».

Por lo visto, antes del novísimo Reglamento, los hermanos acostumbraban á ir alborotando por la calle, y si ocurría, se alumbraban un pie de paliza mutua que se deslomaban.

Y, á propósito de *alumbrar*, dice el artículo séptimo:

«Ningún hermano podrá pedir más que un vaso de vino cada vez que vengamos á la casa de la corporación».

Eso es muy oportuno, pues no faltaba más sino que, por cuatro pesetas anuales, se creyeran con derecho á coger una *pítima* cotidiana. Y, aun así y todo, habrá individuo que falsee el espíritu del Reglamento, y, sabiendo que tiene opción á un trago cada vez que va al domicilio de la Hermandad, se llevará todo el día entrando y saliendo, hasta que ya no pueda entrar, ni salir ni moverse.

Y termina así el documento:

«Nota.—Este Reglamento será entregado todos los años al Esclavo mayor de dicha cofradía, el que enterará á cualquiera que quiera ser hermano».

Hermano en esclavitud, ¡cualquiera se presta á ello!

«Este Reglamento lo hicieron Andrés Ruiz y Ruperto Fernández».

Los cuales, Andrés y Ruperto, á quienes no tengo el disgusto de conocer, serán buenos católicos, buenos ciudadanos y hasta prácticos en labores agrícolas; pero lo que es para redactar Reglamentos, no dan lumbre y sí mucho que reír á los impíos.

Y aun á los creyentes que no tiran del todo al monte.

Cuando había más gente en la iglesia de Vallfogona y el *cuerpo* se disponía á graznar la misa, un fiel católico se entró por el templo vestido á la ligerrilla, ¡vamos, tal como su madre lo parió!

Al verle, las beatas viejas se ruborizaron y se cubrieron los pergaminos del rostro; las jóvenes, indignadas, se fijaron un poco en el irreverente Adán, para no volverle á mirar si acaso lo encontraban vestido por la calle; y cuéntase, aunque no garantizo la noticia, que el *curiano* se dirigió á él, y con muy buenos modos le dijo:

—¿Pero, hombre de Dios!... ¿A quién se le ocurre venir desnudo á este sitio?

—¡Ay, Padre!—diz que le respondió el desabrigado feligrés.—Vengo así, porque acabo de realizar un acto que espero me ha de conceder la Gloria: he empeñado la ropa para enviar su importe al Papa. Si Dios no quiere galas ni pompas mundanas, ¿qué mejor pude hacer que desprenderme totalmente de ellas á favor de nuestro Santísimo Padre?

—Sin embargo, hijo, sin embargo. Entra en la sacristía y ponte el traje de faena del sacristán, porque, como las devotas no tienen la inocencia primitiva de la madre Eva, se horrorizan de verte en esa forma. Hasta mi sobrinilla, que está allí y tiene toda la inocencia de los ángeles, te mira indignada.

Así me lo refiere una beata que observó con atención el incidente, y que aún suspira acarameladamente al recordarlo.

Horrorízate, Pepe, cura de Madrideojos, y asústate, y escandalízate.

Uno de tu oficio, que pasta por esa región manchega, tiene por esposa mística á una hembra celosa á más no poder; tanto, que hace poco armó una pelotera por si el cura de sus entretelas quería ó no traerse á casa otra ninfa.

Y, para que veas cómo resuelve el amigo estas cuestiones, sábele que pescó á la agraviada y á la agraviadora, y *ambos á tres*, clérigo, ama y adjunta, dieron con sus pellejos en la laguna de Villafranca de los Caballeros, y allí...

Abrazo va y abrazo viene, empujón á ésta, pellizco á la otra, no sé cómo se las arreglaba, pero ello era que para las dos había caricias y mimitos. Y esto á la vista de varias personas.

Y no vayas á suponer por la muestra que el tal es cariñoso por temperamento, pues precisamente es un *gachó* que tiene abandonado á su padre, aun cuando éste se halle muy satisfecho en su abandono, porque así se ahorra las palizas que le propinaba.

Es que el alma mía se pirra por las faldas, y las ama como á sí mismo, para aumento de la cristianidad y mengua de los votos que pronunció al ordenarse.

Acostúmbrase en Cañete y la Huerguina á celebrar la fiesta de San Roque cogiendo al Santo y su perro adjunto y llevándolos y trayéndolos arriba y abajo, hasta que se cansan y los dejan en la iglesia.

Después, con estandartes, mangas y demás bártulos sacros, dirígenle al campo, donde los *clericeros* tienen ya preparada una abundante comida y no escasa cantidad de vino.

A los seglares sólo les es permitido beber, y la gracia está en que, después que los *curianos* se hartan de beber y comer y los devotos de pimplar, vuelven al pueblo los que pueden hacerlo (que no son todos), cantando y armando un estrépito de dos mil romeros.

Cura hay que al regreso, equivocando á un colega con el perro del Santo, lo trinca de una oreja y le dice: «Si no te estás quieto, se lo digo á tu amo»; y devoto que se agarra á un árbol y exclama: «¡Santo bendito! Si me libras de la peste, me comprometo á alumbrarte por un trimestre y á alumbrarme yo por un año».

Son admirables estas fiestas católicas. Entre ellas y las bacanales de los paganos, no hay ni una copa de diferencia.

Al ver al cura de Villarrubia de Santiago, se espantaron unas mulas en las eras del pueblo, lo cual no tiene nada de particular, pues hasta los racionales se espantan de su mala catadura.

El gañán que las guiaba y no lo había visto, empezó á blasfemar, y otro gañán le dijo: — ¡Calla, hombre, que va por ahí el de la teja!

Oyólo el *curiano*, y hecho una furia se dirigió hacia ellos, enseñándoles dos puños como dos mazas y exclamando:

— ¿Quién ha sido el que ha nombrado la teja? Yo soy el de la teja. ¿Y qué? El que quiera algo conmigo, que lo diga.

¡Bien por los presbíteros de genio, coraje y circunstancias! Así, así, de esa pasta y de ese temple nos hacían falta muchas docenas para dejar sin muelas á todos esos herejes que dicen que los curas no son imitadores de Cristo.

Los vecinos de la plaza del Mercado y cuesta de Carvajal, de León, se ganan todas las noches un concierto que no tiene nada de armónico.

Cuando más tranquilos duermen, los despiertan los gritos de dos personas, al parecer dementes, que vociferan desesperadas y no los dejan descansar.

Algunos enemigos de nuestra religión aluden maliciosamente al inmediato convento; pero ¿cómo era posible que las piadosas madres retuviesen á la fuerza á hermanas suyas que debieran estar en un manicomio?

Aunque tal vez piensen que, si hubieran de ir al manicomio todas las monjas *chifladas*, se despoblarían los conventos; por ser imposible que tengan sentido común las que piensan agradar á Dios engañando al mundo, engañándose unas á otras y engañándose á sí mismas.

La Verdad, de Oviedo, dice al cura de Se... que no se meta en dibujos, pues de otro modo se expone á que la gente murmuradora hable de matrimonios compuestos para ocultar vergüenzas clericales, comente nocturnas visitas á mozas de buen trapío y murmure de la fama que adquieren algunos presbíteros *barbianes*, terror de maridos, consuelo de viudas y tormento de doncellas.

Mucha cuenta le tiene al tal *parroquidermo* seguir el consejo del apreciable colega, no tire el Diablo de la manta y salgan á colación algunas escenas edificantes.

Que no es muestra de gran tisi es de vidrio tu teja-coger la piedra en la manta para tirar al veci-

que dijo Cervantes á medias palabras para buenos entendedores.

Tiene razón un amigo mío cuando dice que por el Cielo debe haber algún Mansi que dirige las exhalaciones con tanto acierto como el de aquí las cartas.

¿A que no saben ustedes adónde envió dos rayos que indudablemente venían consignados para El Motín?

Pues uno á la iglesia del Cristo de Madrilejos, y otra al cuerpo de un vecino del mismo pueblo, *Oremus* de mote, que estaba encendiendo una vela á un Crucifijo que tiene en su casa, y disponiéndose á orar devotamente.

Está visto; por allá arriba andan en el ramo de comunicaciones tan mal servidos como por aquí abajo.

Palomo es un prójimo muy *cuco* que oficia de presbítero en Paredes y está ahora interinamente destacado en Amorox.

Falleció en este último pueblo un individuo, y su familia se trasladó allí con objeto de que Palomo

dijera una misa; negóse porque tenía que celebrar una boda, y los parientes del finado regresaron á Madrid sin poder realizar su deseo.

Lo grave es que había cobrado la misa anticipadamente y le importaba poco que los paganos se incomodasen; lo que le urgía era cobrar lo de la boda, no hiciera el Demonio que los novios se arrepintiesen y se casaran civilmente.

Aunque le llaman Palomo, no tiene nada de can doroso; es un gavilán que caza de largo.

Los protestantes de Brooklyn, Birmingham, Glasgow y otros puntos, han establecido en sus capillas un servicio telefónico, mediante el cual pueden los fieles oír desde su casa las arengas del pastor. A los lados de la tribuna donde éste vocifera la palabra de Dios, hay magníficos micrófonos que hacen que no se pierda ni una sola sílaba.

Es un adelanto que, aplicado al culto católico en España, daría lumbré. Las beatas no tendrían pretexto para pasarse el día en la iglesia, y cuidando á sus hijos ó haciendo calceta podrían recibir las instrucciones precisas para conservar viva su fe sin aproximarse á un cura, lo cual casi siempre es peligroso.

Por supuesto, que el día que predicasen Bocos ó Mollina, ni Dios aplicaba la oreja á un auditivo.

En todas partes cuecen habas, como en todas partes son los *cuervos* codiciosos y vengativos.

En Bellas (Portugal) falleció un capitán de artillería, dejando á su viuda enferma y con nueve hijos; y la infeliz, para atender á la manutención de tan numerosa familia, solicitó una pensión del Montepío general y otra del oficial.

En esto se presentó el *parroquidermo* exigiéndole por el funeral de su marido dobles derechos de los que en Lisboa se pagan, y habiéndose negado á tan injusta exigencia, ahora se venga negándose á dar las partidas de defunción que la viuda necesita para obtener las pensiones mencionadas.

Esto no será caridad evangélica ni cosa que se le asemeje, pero es muy propio de la gente del oficio.

A un feligrés de Villanueva y Geltrú se le ocurrió establecer un vallado para dar bailes frente á la puerta principal de la iglesia, y el alcalde le concedió permiso.

El cura juró y perjuró que allí no se bailarían, pero con gran dolor vió inaugurarse el baile y que los fieles, en vez de encaminarse al templo, corrieron á saltar unas polkas.

Únicamente las viejas *fanés* entraron á la iglesia, y aun éstas no fueron por virtud, sino por imposibilidad de mover los talones; que á no ser así, el *lechuzo* hubiera tenido que enjaretar el sermón á los monaguillos y el ama.

Ya se van convenciendo las gentes de que un baile es, por lo menos, tan divertido como una función mística.

El de Chorente está preparando nada menos que un milagro.

Una feligresa suya ha contraído cierta enfermedad, á causa de la cual tiene una voz semejante al ladrido de un perro.

Mandóla el *grajo* ir en peregrinación á un santuario llamado El Corpiño; fué, y efectivamente, nada sacó en limpio. Ahora le dice que vuelva, pero que tiene que permanecer allí nueve días.

Si la enferma es joven y guapa, ya lo creo que resultará un milagro, y voluminoso; pues nueve días de permanencia en el santuario son capaces de darle nueve meses de santificación.

El tiempo y el cura sobre todo.

A las nueve de la noche, un sátiro clerical estrechaba amorosamente la mano de una hija de su madre en el campo del Sur de Cádiz.

¡Cura!... ¡Moza!... ¡Campo!... ¡Qué idilio de porquerías!

Al intentar el cura, no sé con qué objeto, derribar en tierra á la moza, ésta empezó á dar voces de ¡ladrón! ¡asesino! ¡á la guardia!, y el *cuervo* levantó el vuelo, persiguiéndole la dama á ultraje limpio, pero sin poder alcanzarlo.

La escena se verificó frente al Círculo de Guillén Martínez, y los socios disfrutaron gratis desde los balcones una carrera de presbítero.

¡Qué castos, qué mirados y qué fusilables son los hijos de mis entrañas!

Conduciendo las estopas sacras en la mano, y llevando en el cuerpo bastantes litros de aguardiente, fué un párroco de cerca de Estremadura á dar la puntilla á un enfermo; y tan espantosa era la mona del amigo, que el mismo enfermo le mandó por tres veces que se retirara y lo dejase morir tranquilo.

Desde entonces son muy pocas las familias que lo llaman para esas cosas, porque en vez de ayudar á *bien morir* ayuda á que mueran rabiando los infelices que caen bajo su mano y bajo su *mona*; sabía determinación que deberían haber adoptado hace tiempo los vecinos de ese pueblo y los de todos los de España.

El *clerichoto* Antonio Pallín, de San Saturnino de Troyán, ha resultado predicador, y enjareta cada sermón que tiembla el tabernáculo. Y si es de carlismo no hablemos; merecía ser capellán de honor de Chapa por su fervor *carcatólico*.

Con semejantes disposiciones, ¿qué extraño será que el mejor día le veamos encasquetarse una mitra? Otros tan brutos como él la han llevado, la llevan y la llevarán.

Esto es si no se desgracia pillando un torozón el próximo otoño por no poder contenerse al ver la verde hierba alfombrar los natales prados.

¡Es tan poderoso y tan irresistible el instinto!

Un católico de Lorca cayó enfermo gravemente y llamó á un *grajo*; éste acudió, pero negóse á confesarlo y después á darle sepultura canónica. Y eso que el enfermo hizo constar ante notario su ortodoxia católica y expuso nuevamente en su agonía deseos de confesar.

¿Por qué no le complació el *clericero*? Lo ignoro. Sólo sé que la población está escandalizada y que se hacen comentarios poco favorables para el *pater* amoroso y caritativo; comentarios que yo no apruebo hasta saber si ha obrado del modo que lo ha hecho por creer, como yo, que lo que exigía el enfermo no tiene importancia ninguna.

Si; un presbítero tiene derecho á mudar de amas como de alzacuellos, y á esta jurisprudencia se atiene sin duda uno de la calle del Salitre.

Al ver que su esposa ponía mala cara al decirle que hiciese el lío para dejar el puesto á otra de mejor ver, le soltó una de *morrás* á la vista, que la puso como nueva.

La *ella*, por su parte, no se estuvo quieta, y también santiguó al *pater* la reverenda jeta con unas de cuello vuelto, dando así un rato de placer y alegría á los espectadores.

¡Qué desahogados son para dar escándalos por quitame allá esa sobrina ó tráeme acá aquella otra!

Si me agradan los curas, es porque no se andan con rodeos. ¿Les gusta una chica? Pues la pescan, salen de estampía con ella, y *pax Christi*.

Mariel, *cuervo* de Orizaba, tomó querencia á una señorita guapa, hija suya de confesión, y se largó con ella decidido á hacerla madre, dejando á los presuntos abuelos con un palmo de narices.

Ese sí que es un pastor de tomo y lomo. Ojea el aprisco, elige la mejor oveja, sale andando con ella, y la mar de cosas por el mundo.

El *parrocán* de Albuquerque (a) *Cuatro Ojos*, tuvo una camorra con su *teniente*, y á tal punto llegaron las cosas, que salió el sacristán al templo y dijo á las beatas que estaban esperando que se fueran, porque no había misa.

En un tris estuvo que no se anunciase por carteles, como acostumbra las empresas teatrales:

Aviso.—Se suspende la misa anunciada para hoy, á causa de que el párroco y el teniente están indispuestos el uno contra el otro, y, según parece, se van á romper la crisma.

Me dice un pobre camarero de uno de los cafés de la calle de Toledo, que un cura le soltó dos medias pesetas falsas hace pocos días.

Vamos, que él dió café al presbítero y éste le dió á él la tostada.

Aviso á los del oficio para que no se fíen de los manteos y estén alerta, y sobre todo,

Al recibir la paga, vean primero si el parroquiano es cura ó caballero.

Simón, cura de Pedrezuela, que sirve también la iglesia de Venturada, dijo desde el púlpito á los fieles que, si querían que los asistiese, tenían que darle cada uno una fanega de cebada para su yegua y pagarle los sermones que dijese (él, no la yegua).

La petición no pudo ser más justa. Ni el cura ha de predicar de balde, ni relinchar gratis la yegua; pues trabajando tanto el uno como la otra, justo es que ambos se ganen á la vez el pienso.

Lo contrario, ni es equitativo ni justo.

Dice el párroco de Guillarey, encarándose con los padres de familia:

«Vosotros los que tenéis hijas, ¿no os da vergüenza cómo andan algunas (alude á que acuden con bultos sos-

pechosos) que están para casarse y se traen esas cosas a la santa casa de Dios?—

Tiene razón que le sobra hasta por la coronilla. ¿A quién se le ocurre presentarse en el templo con semejantes alijos, sin que el párroco tenga previo conocimiento del asunto?

En una tormenta que descargó en Burgos, un cohete celeste (vulgo rayo) cayó en el convento de monjas de la Madre de Dios, atravesando el coro y parte de la iglesia, sin causar ninguna desgracia personal.

La exhalación equivocó el sitio; y si en vez de buscar a las monjas en el coro y en la iglesia, donde las supondría orando, las busca en el comedor ó en el locutorio charlando con los padrecitos de su alma, ¡no es llo el que se arma allí!

El 23 de Octubre se rifará en Avila una capillita en miniatura «á beneficio de la casa de la Santa», según reza la papeleta núm. 3.859 que tengo en mi poder.

Como negocio no me parece malo: una capillita hecha por cualquier hermanuco en un rato de ocio, producirá diez mil reales quizás.

No sé cómo calificar esto, como no emplee las palabras estafa y defraudación.

Cara, el de Ríotinto, se llevó á las minas una charanga procedente de Ecija, su pueblo natal, para armar una *juerga* místico-petitoria.

¿Y que no se daban *sablazos* por aquella santa casa de Dios! No hubo beata que no alojase la mosca, ni fiel masculino que no se rascase el bolsillo.

Donde está el amigo *Cara*, no hay cuarto que se resista; aunque debo declarar, obrando imparcialmente, que lo mismo pasa con todos los curas.

¿Podrían evitar las Hermanitas de los Pobres de Avilés el despertar á media noche á los vecinos con jaleo, panderetas, castañuelas y otros excesos?

Pues me parece que los vecinos tienen derecho á dormir tranquilamente sin que les perturben esos jaleos místicos, que bien pudieran celebrarse en pleno día, ya fuese en campo raso ó ya en el templo, utilizando el órgano si gustan.

Veinticinco mil duros han reunido los católicos de Tortosa para que León XIII pueda atender á los gastos de boda.

Que les pidan dos reales para socorrer á los obreros sin trabajo y no los darán.

¿Qué cosa tan elástica es la conciencia, y qué filfa lo de que el sentimiento religioso desarrolla todos los demás buenos y levantados!

Ronzales, cura de Orense, amenaza á su sobrina con hacer públicos ciertos gatuperios, en que acaso él haya tomado también parte, como es uso y rigor entre familias clericales.

Oídos castos de beatas inservibles por el uso; preparaos para oír cosas que os hagan recordar historias pasadas de andante pornografía.

Conozco á un presbítero de cerca de Ribadavia, que ha tomado á su cargo la moralización de una señora, siendo fácil que por tan piadosas tareas le caiga el mejor día el premio gordo.

Y entonces, que vaya á contárselo á *Ira*, *parroquidermo* de San Juan.

Dice el arzobispo de Tarragona que los revolucionarios nacen en las casas de prostitución.

Esto es grave. ¿Cómo sabe su eminencia lo que pasa en semejantes conventos?

Aparte de esto, protesto de la acusación, porque equivale á llamarnos hijos de frailes y curas.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Ribadavia.—Cura señales hace vecina casada. Marido *escamati* prepara estaca. Temo desencuaderne seductor. —Allá ellos, y aquí de aquello: ¿quién por un gusto no lleva un trancazo?

Burgos.—Rayo aguja catedral.

—Católicos que deseáis salir de este valle de lágrimas: acudid á los sagrados templos en cuanto amenace una tormenta, que yo á los pararrayos laicos me atengo.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Qué diría usted si á un cura bien acomodado fuese á pedirle limosna una obrera sin trabajo, y no tan sólo no la favoreciese, sino que la despidiera con palabras muy poco cultas?

—No me extrañaría, porque los *curianos* no están obligados á tener ni caridad ni buena educación.

—¿Sabe usted cómo sigue el célebre Pepe M.?

—No lo trato; pero me han asegurado que sigue tan *barbián* como siempre.

CORRESPONDENCIA MÍSTICO-PROFANA

Ribadavia.—Es tan grave lo que me comunican de un cura de esos alrededores que comete incesto con su hermana, que no me atrevo á creerlo, y mucho menos á decirlo en la forma que usted desea.

¿Si viera usted cuántas monstruosidades de éstas callo, por no encontrar manera decente de decir las!

PALOS Y PEDRADAS

Encontráronse detrás del muelle de Santander el Sr. Gutiérrez Cueto, redactor de *El Atlántico*, y el director de un papelucho neo de la misma localidad que lleva por mote *La Verdad*.

Por algunas ofensas recibidas, el primero dió al segundo una bofetada, y ambos se liaron á palos, llevando el sacristán la mayor parte; tanto, que el bastón del Sr. Cueto se rompió en su beatífico cuerpo.

Desarmado y todo, el mencionado redactor dió un puñetazo al *carca* que lo derribó al suelo, y estando en tierra el representante del catolicismo, otro neo que le acompañaba sujetó piadosamente al señor Cueto, sin duda con la benéfica intención de que se levantara el caído y se desquitara de los *trompis* recibidos. Afortunadamente, la intervención de varias personas puso fin por entonces al incidente.

Y digo por entonces, porque un poco más tarde, pasando el Sr. Gutiérrez por frente á la redacción de *La Verdad*, salió al encuentro su adversario y le acometió por sorpresa con un bastón de hierro, ocasionándose con este motivo otra pelea, en que mutuamente se infirieron varias contusiones.

Tal indignación produjo la conducta del *carca*, que el público quería recompensarle sus hazañas como merecía, y lo hubiera hecho á no haberle aconsejado el alcalde, así como á sus compañeros de redacción, que no saliesen á la calle, porque sería fácil, dada la excitación de los ánimos, que acabasen aquel día de escribir borricadas. Así lo hicieron, y les fué bien, pues de lo contrario á estas fechas estarían probablemente colaborando en el Boletín de la Corte Celestial.

Acostumbrados á asesinar tras las trincheras, nunca pelean los neos con la lealtad y nobleza proverbiales en los españoles, y buscan por caminos traicioneros lo que no se atreven á resolver cara á cara.

Ha causado en Badajoz dolorosa sorpresa la sentencia recaída en la causa contra el redactor del periódico fusionista *La Defensa*, D. Salustiano Sanabria, por injurias al delegado de Hacienda, en la cual se le condena á cuatro meses y un día de arresto mayor, costas y accesorias. El fallo es todavía más sensible, en atención á que el sentenciado tiene la avanzada edad de setenta y un años, y á que, como dice *El Diario* de la misma ciudad, había emprendido y sostenido el colega ministerial una enérgica y honrada campaña en favor de los intereses del comercio y de la industria, señalando no pocos ni pequeños defectos en el ramo de Hacienda.

También extraña *La Defensa* otro hecho, que no deja de ser curioso: «la irregular susceptibilidad del delegado de Hacienda Sr. Arribas, que se querrela como ofendido por las frases de *verdugos de contribuyentes*, que empleábamos en nuestro suelto, refiriéndonos á los representantes de la Hacienda, y consiente, sin defenderse ni querellarse, que en más de cinco números le hayamos considerado como consentidor de estafas á la Hacienda».

Misterios de la conciencia, ó miedo á las pruebas que el colega pudiera presentar.

Por lo demás, no deja de ser significativo el que un periódico ministerial tenga que confesar con vergüenza que no se puede poner coto á las estafas que consiente un señor delegado de Hacienda.

El alcalde de Ribadavia ha reemplazado los rótulos de las calles que antes se llamaban de Riego, Espartero, etc., con nombres tan significativos como *calle de las Tabernillas*, de la *Central*, y otros por el estilo.

En sus tiempos hizo pinitos de republicanismos; mas ahora, comparado con él, resulta su antecesor, canovista, un liberal de tomo y lomo; así es que los *curianos* están locos de alegría. Un hecho reciente bastará para demostrar el apego que tiene á la gente negra.

Le presentó un pobre una instancia en que solicitaba entrar en el hospital, y, como es costumbre, pasó á informe del cura. Este, que lo era el de la Magdalena, le contestó: «No te has confesado este año, y, si no lo haces, no certifico».

Acudió el inconfeso á contárselo al alcalde, y éste, en vez de reprender al cura, le dijo: «Confíesate, pues de lo contrario no entras en el hospital».

Con semejantes autoridades, Ribadavia sería una sucursal de Montejurra á no existir allí decididos campeones del libre-pensamiento, que sostienen con ardor sus ideales y cada día obtienen nuevos triunfos.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Se ha puesto á la venta *La Moza del Cura*, jugueto cómico en un acto y en prosa, original de *Un señor presbítero que desea ocultar su nombre*.

Hay en dicha obra primores de estilo y de buen decir, chistes ingeniosísimos y cultos, y el autor demuestra perfecto conocimiento del asunto que trata, estando los personajes perfectamente delineados.

Véndese á *peseta* en la casa editorial, Cedaceros, 4, segundo, Madrid, y en las principales librerías.

El Dinero de los Otros, por Emilio Gaborian.

Así se titula el volumen 78 de la biblioteca *El Cosmos Editorial*, que acaba de salir á luz.

Es dicha obra segunda parte de *Los Hombres de Paja*, que con tanto deleite ha saboreado el público.

Diciendo que esta segunda parte supera en mucho á la primera, está hecho su encomio.

Véndese al precio de *dos pesetas cincuenta céntimos* en rústica y *tres* en tela, con una elegante plancha, en la Administración de la Empresa, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, y en las principales librerías.

ALMANAQUE DE EL MOTÍN

Se ha puesto á la venta al precio de UNA PESETA en toda España.

Los señores suscriptores de Madrid que tengan derecho á recibirlo gratis, pueden cuando gusten mandar con el último recibo á recogerlo en esta Administración.

RETRATO

Dentro de breves días pondremos á la venta uno magnífico de

D. MANUEL RUIZ ZORRILLA

al cromo en doce estampaciones, midiendo la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, como la imagen de «La República», de venta en esta Administración.

PRECIO: TRES PESETAS

Los libreros y los corresponsales pueden adquirirlo, así como «La República», con el 25 por 100 de descuento; y con el 50 (un ejemplar solamente) los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN, ó lleven ya suscriptos ese tiempo.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

ACICATE DE LA ALEGRÍA Colección de cuentos, epigramas y frases ingenuas; todo escogido.—Una peseta.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS. Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTÍN.—Cuatro partes, á peseta cada una.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (El Ciudadano), escrito en francés por Pigault-Lebrun.—Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M.—Obra interesantísima.—Precio: una peseta.

LOS JESUITAS Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, envenenamientos y demás pequeñas cometidas por la célebre *Compañía de Jesús*, desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoya.—Precio: dos pesetas.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY
4 — Plaza del Dos de Mayo — 4